

*gloria lópez
morales*

mujeres del islam

Aprendimos a ver la cultura islámica a través de la visión de los paladines de las cruzadas o de los héroes de la reconquista en España. Poco cambió nuestra visión de ese mundo que se fue ensanchando a partir de un pequeño núcleo en el corazón de Arabia, en los inicios del siglo XV y sólo en décadas recientes volvió a remover la imaginación del mundo occidental. Lo árabe, lo islámico, volvió a ser motivo de preocupación, el Medio Oriente se agita como un gigante que empieza a despertar de un largo sueño; sus convulsiones causan temor y sus influjos afectan al mundo entero. Todos los ojos se vuelven hacia ese puñado de pueblos y naciones que se extienden por todo el Medio Oriente y el Norte de Africa; hay que indagar, hay que hacer a un lado la fantasía y construir sobre bases científicas y lógicas los argumentos que permitan entender, dialogar y, eventualmente, conservar el control.

Porque el mundo musulmán, como pocos, ha sido incomprendido a pesar de las continuas dominaciones de que fue objeto desde que los turcos acabaron con su hegemonía. Ni el colonialismo europeo, ni el imperialismo norteamericano se preocuparon por entender, se contentaron con explotar. Ni uno ni otro supieron cambiar la visión cristiana medieval prevaleciente por muchos siglos; una visión construida en torno a un armazón rudimentario formado por pocos elementos que difícilmente pueden inspirar simpatía. Para el orgulloso etnocentrismo sólo el Islam predica la poligamia, la concupiscencia; la guerra, por sagrada que sea. Los musulmanes viven en la molicie, se transportan en camellos, son fanáticos y, sobre todo, consideran a la mujer como un ser inferior que vive en el harén al arbitrio de un amo caprichoso

que la toma y la deja a su antojo. Mujer objeto de placer, ocupada sólo en engalanarse para prolongar de esa manera al máximo su razón de ser en la vida: la pertenencia a un hombre.

Así es vista hasta el día de hoy la mujer árabe y la opinión pública no se preocupa en analizar o matizar esos estereotipos, sino que de manera un tanto farisea atribuye a la mujer árabe el lugar más bajo en el escalafón de la ya de por sí menoscabada condición femenina del resto de las mujeres en el mundo.

Las revelaciones de Alah a Mohammed, consignadas en el Corán, revolucionaron de manera total a las tribus asentadas en la península arábiga. La cohesión religiosa y social predicada en el libro del profeta tuvo tal fuerza que impulsó una expansión vertiginosa del islamismo de modo que en pocos años dejó de ser un conjunto de preceptos ético-sociales para convertirse en un complejo cuerpo de elementos culturales, en una pujante civilización.

El avance vivido por los pueblos beduinos de Arabia, ya como musulmanes, no dejó de lado a la mujer que se elevó a un rango nunca antes conocido. En la nueva sociedad se reformaron las antiguas leyes sobre el matrimonio, sobre el repudio, sobre la herencia, sobre la limitación de la poligamia, se establecieron instrumentos legales para que ella canalizara sus protestas, se eliminaron costumbres bárbaras como la de suprimir a las recién nacidas por problemas de supervivencia. Su rol en la familia y en la tribu quedó perfectamente establecido y su estatus y derechos claramente protegidos por el texto sagrado. Bien es cierto que en el Corán se hace clara alusión a la superioridad del hombre y la obediencia que la mujer le debe hasta se estipulan las modalidades acerca de cómo debe ser castigada en caso de faltar a sus deberes. Sin embargo en el siglo VII, y en una sociedad beduina, el haberse ocupado de mejorar la situación de la mujer constituye de por sí un acto revolucionario.

Todo lo que viene después del Corán en el mundo islámico históricamente, está de algún modo ligado con sus preceptos. El Islam ha moldeado de un modo o de otro todas las sociedades gestadas en su seno y lo hace hasta hoy con la fuerza que tiene para reconciliar contradicciones, aspiraciones y métodos. Su influjo se extiende más allá de lo que se conoce como mundo árabe para abarcar casi la mitad de Africa, el golfo Arábigo, el Sur de Europa, Irán y Asia Menor; una parte cada vez más importante de la URSS y toda la parte sur del Sudeste asiático. Pero es evidente que una misma religión no tiene el mismo influjo ni el mismo peso en todas partes y que hay tanta variedad de mujeres musulmanas como unidades geográficas viven bajo el signo de la Media Luna.

Vista, pues, a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía islámica, la mujer se define mediante una serie de contradicciones: revolucionaria y sometida; activa e impulsora y al mismo tiempo esclava; reprimida y puritana y, por otro lado, sensual y desinhibida. Y no sólo ella ha vivido en

medio de las contradicciones; el hombre, como su compañero en la sociedad, ha sido víctima de ellas. Hay sólo un modo de entender las paradojas y de resolver dilemas aparentemente irresolubles: ver los casos en su especificidad y aceptar que los textos religiosos, se trate de la Biblia, o del Corán, son aplicados en base a otro parámetro, a otros elementos condicionantes: la costumbre y la tradición locales. El Islam vivido en una comunidad beduina del desierto saudita, con su sequía, su paisaje, sus medios económicos, no fue el mismo que el Islam implantado sobre los restos bizantinos, con su rica cultura, sus tierras fértiles y su larga historia, o el Islam de la sonriente costa mediterránea con sus imperativos de vital exhuberancia. El Islam del profeta y de los años de expansión no pudo ser el mismo que el del período de opresión colonial ni puede ser el mismo del resurgir árabe de la segunda mitad del siglo XX, con sus llamados revolucionarios y sus contrarreacciones de regreso al pasado.

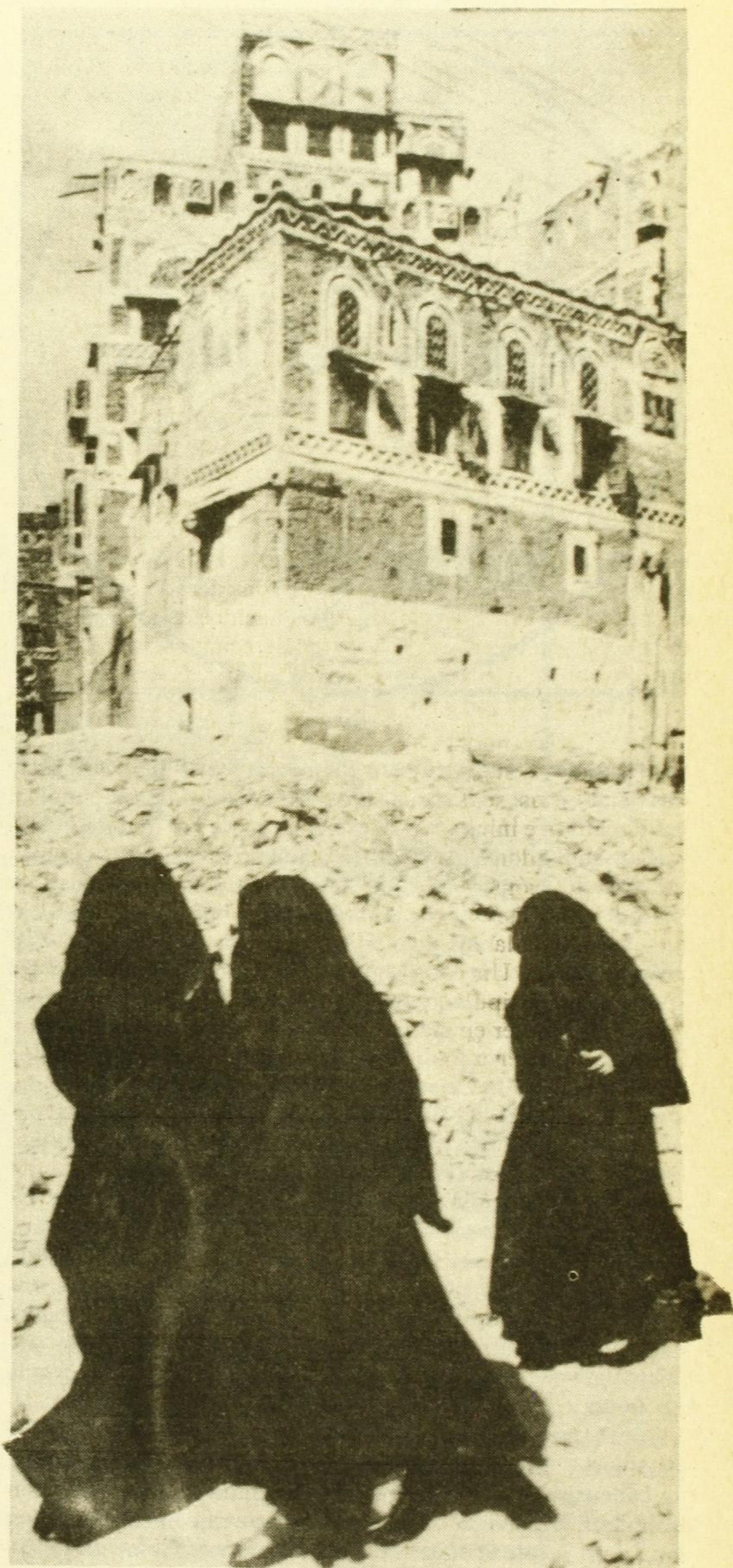
En una palabra, el Islam ha estado sujeto a lo largo de su existencia a un imperativo geográfico histórico y, sobre todo, al sustrato socio cultural de donde fue implantado. Cada comunidad ha resuelto a su modo las contradicciones que le planteaba una obediencia que sólo en apariencia es estática pero que ha dado muestras de singular flexibilidad. Las conductas individuales en el mundo musulmán han sido moldeadas por la misma paradoja crucial entre la palabra de Dios y la palabra del hombre, paradoja que pervive desde el siglo XII. De la suma de esas conductas surge el patrón islámico que, sin embargo, cambia paralelamente a los grandes cambios de la historia, y eso es precisamente lo que sucede en la segunda mitad del siglo XX cuando grandes sacudimientos transforman las estructuras económicas de muchos de esos países con las consiguientes mutaciones en sociedades agrícolas o preindustriales del Medio Oriente.

Dos interpretaciones y una pugna

El Corán, como otros textos sagrados, fue interpretado por varios exégetas una vez que Mohammed hubo desaparecido, pero muy pronto, ya en el siglo VIII, el ejercicio de interpretación fue suspendido; la sharia'a (ley emanada de los pre-

La mujer sagaz es una mezcla. Parece que tomara de la serpiente su sabiduría, del pájaro su inteligencia y del cordero su mansedumbre

Proverbio árabe



ceptos coránicos) quedó definitivamente fijada y se produjo una especie de esclerosis del pensamiento jurídico y de las instituciones que dificultó la ulterior elaboración doctrinal.

De ahí que en la actualidad se den casos dramáticos como el de la falta de elasticidad de la corriente integrista musulmana en Irán que, en una mezcla contradictoria, concibe la revolución como un retorno a la pureza del pasado y, en ese afán, hace de la mujer su principal víctima llevándola, como si fuera un elemento externo a la evolución de los tiempos y las costumbres como vivir según esquemas de los inicios de la era islámica.

Las disposiciones khomeinistas en este dominio van muy lejos y no sólo afectan a la clase media y a la burguesía —a las que parecían estar dirigidas como freno a la corrupción occidentalizante—, sino que significan un paso atrás para la mujer en su conjunto. Se anulan las reformas en materia de derecho familiar de la época del Sha; las costumbres modernas son estigmatizadas sin que pueda mediar la discusión sobre la disposición autoritaria. Retrospectivamente, se consideran inexistentes los divorcios realizados en el régimen anterior, el matrimonio posterior al divorcio es considerado adulterio y castigado en consecuencia; los hijos nacidos en esas circunstancias no son legítimos y no tienen derecho a herencia. Esto se aplica en todo caso en que el tribunal haya concedido el divorcio a la mujer contra la voluntad de su marido.

En el mismo marco, se considera vergonzoso el hecho de que la mujer se niegue a usar velo; se condena la existencia de escuelas mixtas; se dice que la música es inmoral porque incita a la lujuria e inhibe el valor caballeresco. Nada escapa a los celosos legisladores integristas, ni siquiera los actos más íntimos: prohibición de mostrar las "partes nobles" a la hora de realizar actos fisiológicos incluso entre hermanas o madre e hija. Se ordena la ablución después del acto sexual por ser la mujer impura. Un capítulo entero es dedicado a la menstruación y se estipulan multas para el marido que tiene relación con su mujer en esas circunstancias. También se especifica que la mujer puede pertenecer legalmente al hombre de dos maneras: matrimonio continuo o temporal. Para el primero no se fija la duración, para el segundo se dice que se puede tratar de una hora, un día, un mes, un año, o más. La mujer en edad de matrimonio, si es virgen, debe pedir autorización del padre o del abuelo paterno para casarse. El matrimonio se puede deshacer si la mujer padece locura, lepra, eczema, parálisis, malformación de vías urinarias o vías genitales y del recto, o malformación vaginal. Prohibido casarse con un hombre no musulmán; el hombre sí puede hacerlo en matrimonio temporal con judía o cristiana. Nada de salidas de casa sin permiso del marido; la mujer tampoco puede negarse a los deseos de su amo. Por su parte, a él le toca asegurarle alimento y abrigo tenga o no los medios de hacerlo.

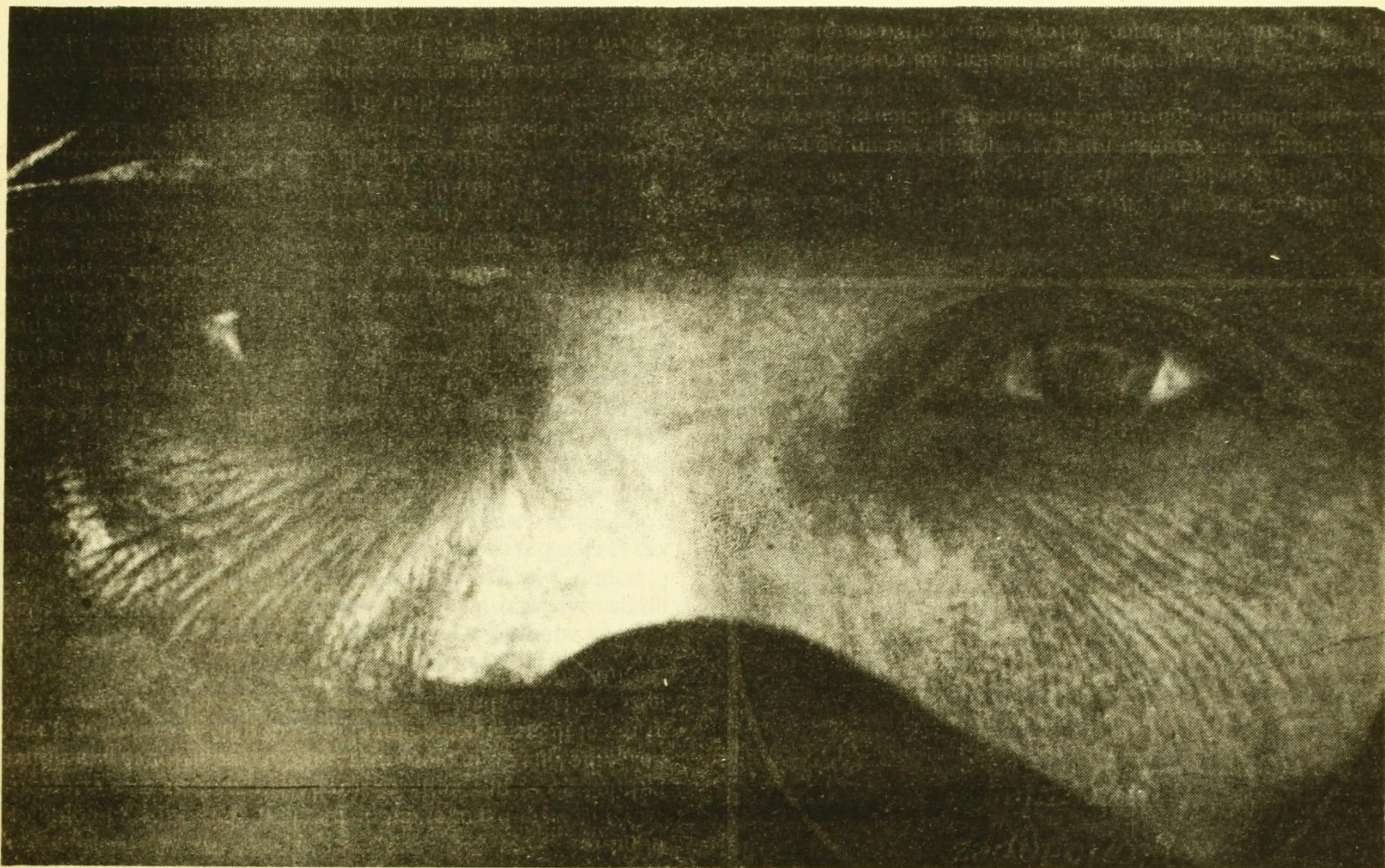
En matrimonios temporales, mediante dote aportada por la mujer, ésta no puede exigir la manutención del marido, aunque ella esté encinta. No puede mostrar ni cuerpo ni ca-

bellera a los hombres ni a los niños impúberes para evitar la lujuria, etc.

Esta es una muestra reveladora de la manera en que la mujer se vuelve la principal víctima en los estirones que da la historia hacia la modernización. Pero sería injusto que esta oleada de puritanismo difundida por todo el mundo islámico desde el momento en que Khomeini se instauró en el poder en Irán sea un rasgo predominante en muchos de los países gobernados por diferentes regímenes políticos e impulsados por diferentes imperativos económicos.

Para medir la intensidad de las fuerzas que imponen una adaptación a las nuevas realidades de un mundo en evolución, sería interesante conocer las reacciones de las distintas sociedades respecto a los estereotipos más característicos que han marcado a la mujer musulmana durante muchos siglos. Se sabe, por ejemplo, que el velo y la reclusión no eran costumbres de la Arabia preislámica, pero el profeta recomienda "que las mujeres se cubran con modestia"; seguramente copió el ejemplo de otras culturas en donde velarse era signo de prestigio. Muchos historiadores y antropólogos se han ocupado de investigar las razones de esta costumbre peculiar y pocos han aludido a los factores climáticos y ambientales que hacen casi indispensable el uso de esta prenda en un medio en donde el polvo flota perennemente provocando molestias, trastornos y dificultades en la higiene. No en vano también el hombre usa vestimentas que cubren prácticamente todas las partes del cuerpo y la cabeza. Es evidente, sin embargo que, en tiempos del profeta, el velo se convirtió en un signo de elevado rango y que, al cabo de un siglo, la costumbre de usarlo se había extendido a todas las clases sociales. Pero no todos los pueblos que adoptaron la fe del Islam reaccionaron del mismo modo ante su uso. En el norte de Africa, específicamente en algunas comunidades de la actual Argelia, como la de los Tuareg, las mujeres siempre llevaron el rostro descubierto y son los hombres los que se cubren. Lo mismo se puede decir del uso de tal prenda como signo distintivo de clase: en una época, por ejemplo en Iraq, iban sólo cubiertas las prostitutas para marcar de esa manera su identidad.

En la actualidad es difícil ver a una mujer con velo en las principales ciudades de Medio Oriente o el norte de Africa; en los medios rurales hay mayor resistencia a abandonar las tradiciones y, por ello, es habitual ver a las mujeres cubiertas con las diferentes modalidades de chadores, velos negros, pequeños cubre bocas o verdaderas máscaras de piel con una rendijita que apenas permite respirar. Esto último sucede en algunos grupos beduinos del centro de Arabia. Pero también hay casos en que, al no haber población rural, y al haberse extinguido prácticamente el beduismo (los emiratos del Golfo), es posible observar un panorama inusitadamente "moderno" con mujeres vestidas a la mejor usanza europea y en donde la visión esporádica de alguien con velo sirve apenas para darse cuenta de los dramáticos cambios que se han llevado a cabo en pocos años en esos países.



Otros estereotipos con los que se identifica a la mujer musulmana son los ligados al matrimonio: la poligamia, el repudio, la dote y, a la base de todos ellos, el tabú perenne de la virginidad.

Si el Corán dice que el paraíso reserva mujeres eternamente vírgenes a los que tengan acceso a sus jardines, es que la virginidad constituye un atributo de extrema importancia. Todo se ha dicho sobre el significado social de la virginidad en las diferentes culturas. Está claro que éste no es un tabú privativo de los pueblos islámicos y también está claro que en el seno de ellos ha habido gente con lucidez para desentrañar ese significado: el himen, dice un sociólogo egipcio, es un documento de propiedad exclusiva sobre la mujer. En todo ca-

so, no cabe duda de que sigue siendo cierto que una mujer propiedad de una familia, pasa a ser propiedad de un marido quien, además, la recibe mediante el pago de una dote para acentuar más el sentido mercantil de la transacción; que, al menos en teoría, tiene que conformarse con compartir con otras congéneres, la protección y atenciones del marido en razón de la famosa institución de la poligamia y, por añadidura, puede ser sujeto de repudio por causas completamente fuera de su control. Porque, a diferencia del cristiano, el matrimonio musulmán no es un sacramento santificante de la unión eterna sino, más bien, una asociación que coloca a la mujer a cargo del marido y vuelve lícita la vida sexual. En el Islam primitivo existen variados argumentos para justificar

La que mueve la cuna con su derecha mueve el mundo con su izquierda

Proverbio árabe



la institución de la poligamia y uno de ellos era precisamente el de dar protección a las mujeres del grupo, generalmente nómada y guerrero, con una población masculina constantemente diezmada. Hay que decir que la reglamentación de esta práctica en el Corán constituye un avance social grande respecto a la anarquía imperante anteriormente y que en el libro sagrado queda claramente estipulado que un hombre solo puede tener cuatro esposas a la vez y dar muestra sobrada y contundente de poder proveer a todas sus necesidades. Pero, en la actualidad, la poligamia se convierte en una manifestación más de la relación desigual entre hombre y mujer, aunque lo que se verifica en este caso específico es que el conflicto entre el Corán y la costumbre local y los imperativos de modernización marcan una clara obsolescencia en desfavor de la prescripción religiosa.

Que la poligamia sea factor de inseguridad y preocupación para la mujer es algo que se observa en los esfuerzos por reformar las legislaciones civiles de varios estados árabes en donde las mujeres han obtenido notables avances hasta llegar a la prohibición de la práctica, como sucede en Túnez. En otros países como Egipto, Iraq y Argelia los códigos de derecho familiar reflejan también transformaciones significativas en la protección de la mujer. Y, más allá de las disposiciones legales, existe una clara opción por la monogamia sobre todo en los medios urbanos. Además, en éste como en otros casos, queda demostrado que hay tantas maneras de vivir el Islam como grupos étnicos, pueblos, regiones, y condiciones geopolíticas diversas caen bajo su influencia.

Bastarían, para demostrarlo, dos casos del ambiente rural y nómada que invalidan toda generalización: Entre los Tuareg del sur de Argelia la mujer goza de una libertad de costumbres inigualable. En esa sociedad saharina, sometida enteramente a la ley consuetudinaria, las mujeres gozan de muchos privilegios que en otras comunidades musulmanas son sólo reservadas a los hombres; ellas aprenden y transmiten el idioma local, oral y escrito, y van sin velo. En la tienda targuá impera la libertad individual y el respeto mutuo; existe gran libertad sexual y, en razón de ello, es imposible encontrar casos de violación; la homosexualidad es prácticamente desconocida.

Otro caso "atípico" es el del altiplano de Imilchil, en los Montes Atlas marroquíes, donde las jóvenes montañesas se reúnen para decidir quien será su marido en una pintoresca "feria" de amor. Una antigua tradición berber, única en el mundo musulmán permite, en efecto, que sean las muchachas de la tribu maghebina de Ait Haddidou las que elijan personalmente al novio que les interesa. Para ello asisten cada año, durante el mes de septiembre, a una feria regional en donde se llevan a la venta productos agrícolas y artesanales. Todo el mundo se engalana para la ocasión y es entonces cuando, mediante los gestos rituales de rigor, los hombres se insinúan buscando llamar la atención de las mujeres. Estas se dan el lujo de tomar o dejar al que se les ofrece. Si lo rechazan lo hacen mediante frases despectivas como

"tienes joroba" o "tus piernas no son las de un verdadero caballero".

Por supuesto estos ejemplos no invalidan la norma y la norma quiere que la mujer no intervenga en la elección del marido y que su vida no tenga más horizonte que los deberes conyugales y las obligaciones como madre.

Otro de los derechos adquiridos por la mujer, en la visión progresista del profeta Mohammed, fue el de tener acceso a la herencia, aunque sólo a la mitad de los bienes legados a los hombres, pues éstos, según el Corán, tienen mayores obligaciones.

Uno de los mejores ejemplos de la elasticidad con que se interpretan los preceptos coránicos es la manera en que unos defienden y otros rechazan la clitoridectomía, cruel forma de circuncisión femenina que se practica en las regiones del alto Nilo. De hecho, el Corán calla sobre dicha cuestión y por ello no está generalizada como sucede con la circuncisión masculina. En todo caso no cabe compararlos porque, practicada en la mujer, esa operación tiene como propósito disminuir o anular la sensibilidad sexual de quien es vista sólo como un instrumento reproductor sin derecho a ningún placer, por espontáneo que éste pueda ser. La "clitoridectomía", la mutilación sexual de las muchachas está destinada a restarles goce sexual, lo cual la vuelve inferior ante el hombre y acentúa su sometimiento ya de por sí manifiesto en otros aspectos de la vida.*

Una vez más hay que insistir en que la referencia a textos religiosos como argumento que fundamentaría ciertas prácticas actuales, muchas veces resulta falsa o, al menos, relativa.

En uno de los pasajes, el texto sagrado habla de "una diferencia en favor de los hombres de un solo grado entre los dos sexos". Para muchos, bien vistas las cosas, se trataría más bien de una complementaridad que de una diferencia; más bien de una repartición de roles que de una desigualdad de la naturaleza pero, con el paso del tiempo la idea de complementaridad se convierte en separación y acentuación de las diferencias, marcadas por la costumbre.

Modernización no es liberación

El caso dramático de Irán en donde aparentemente se paró de modo brusco y voluntario un proceso de modernización diseñado por Reza Pahlevi, ahora se ve claro que tal modernización carecía de fundamento real en las bases sociológicas culturales y espirituales de la nación. De hecho la "liberalización" de las mujeres sólo intervino en función de los requerimientos de la burguesía, principal beneficiaria de la rápida

*Véase Elena Urrutia, "Clitoridectomía e infibulación en países árabes", p. 91

industrialización. Ese problema ha hecho reflexionar seriamente a las mujeres de otras naciones islámicas que no quisieran retroceder lo avanzado. De modo general, de todos modos se puede afirmar que el cambio de régimen en Irán no sólo cuestionó el proceso de modernización de *status* femenino en toda la región, sino que sirvió de manera preocupante para que las corrientes reaccionarias y tradicionalistas enarbolaran banderas integristas y adoptaran posiciones retrógradas que ponen en entredicho el terreno ganado por la mujer musulmana en las últimas décadas.

Uno de los principales indicadores para medir la integración de la mujer al proceso de modernización es su integración a las fuerzas productivas, su actividad en trabajos remunerados. En ese aspecto, la mujer musulmana representa una de las tasas más bajas en el Tercer Mundo, aunque habría que hacer ciertas salvedades y diferencias. Dentro de la comunidad árabe, la mujer egipcia y palestina se destacan por su inclusión en las fuerzas laborales; pero ni aún así el porcentaje se acerca al de países como México o Brasil. En esta categoría deben incluirse las mujeres musulmanas del Africa Negra cuya actividad económica es de suma importancia. En las zonas rurales, por ejemplo, aseguran casi en su totalidad la subsistencia familiar mientras los hombres se ausentan para buscar trabajos asalariados. Aunque muchas son analfabetas, aseguran de dieciséis a dieciocho horas de



trabajo sin por ello sustraerse a sus roles tradicionales en la casa.

En el caso de las musulmanas árabes, aunque en muchos países no trabajen en el sector público o en empresas privadas, se las arreglan de todos modos para tener un ingreso y son a menudo el sostén de la familia. Tejen, bordan, maquilan, cocinan y venden productos alimenticios; se emplean como sirvientas o crían animales de corral. También realizan trabajos típicos de su sexo como el de comadronas, parteras, curanderas y a menudo son contadoras de historias.

En muchos países de la comunidad islámica se han registrado importantes progresos en materia de legislación laboral: "A empleo igual salario igual", dice la legislación tunecina que incluye a un veintiocho por ciento de sus mujeres en la fuerza de trabajo; lo mismo se puede afirmar de muchos de los países árabes que se consideran avanzados como Argelia, Egipto o Iraq. Sin embargo las mujeres del mundo entero y, sobre todo, las del tercer mundo han visto con claridad que el hecho de acceder a los puestos y funciones que habitualmente estaban reservados a los hombres no significa necesariamente emancipación ni es signo inequívoco de una sociedad económicamente avanzada. En cambio, se podría decir que si algunos gobiernos aún niegan este derecho a las mujeres, esta circunstancia sí debe ser considerada como signo de un sistema retrógrada.

Otra circunstancia que hay que tomar en cuenta es que, salvo en los países petroleros donde hay alto déficit de cuadros altos, intermedios y mano de obra, en muchos otros países islámicos la mujer, desde pequeña es una subempleada que contribuye a los ingresos familiares. Muchas niñas entre cinco y siete años trabajan sobre todo en los talleres de tejido en donde se elaboran tapices que han hecho famosas a muchas regiones del Cercano Oriente.

Las agrupaciones femeninas y feministas surgidas en todo el mundo islámico han tomado como una de sus principales banderas las reivindicaciones laborales y las prestaciones sociales para las mujeres que trabajan. Aquellas con visión más avanzada, han visto, sin embargo, el peligro de estancarse en ese punto. La joven mujer argelina se queja, por ejemplo, del deterioro que ha sufrido su situación al tener que someterse a la doble jornada del trabajo asalariado y del trabajo doméstico y, para colmo, vivir bajo la vigilancia de la familia durante el tiempo que pasa fuera de casa. Por otra parte, la mujer que se educa o trabaja es temida como candidata al matrimonio. De esa manera vive en carne propia el conflicto entre modernidad y tradición.

Aunque la excepción no haga la regla

Para entender la condición de la mujer musulmana no hay que perder de vista que, sobre todo en el mundo árabe, la cultura musulmana atraviesa actualmente por una profunda crisis que conmueve todas las estructuras económicas y sociales de esa zona y que seguramente operará en ella cambios



irreversibles. Civilizaciones que para Occidente eran consideradas como caducas, o muertas, dan signos de vitalidad avasallante y apuntan hacia un refloreamiento ejemplar en muchos sentidos.

En ese florecimiento está incluida la mujer que, apenas se dan condiciones favorables a su desarrollo, destaca y se impone en muchos casos por encima del hombre en variadas ramas de la actividad. Y no sólo en esta época de revaloración cultural y política han descollado personajes femeninos, éste es un hecho que puede comprobarse a lo largo de muchos siglos.

El Islam ha dado grandes poetisas como Al-Khansa que vivió en la época del profeta Mohammed y cuya obra es alto ejemplo de la temprana poesía islámica:

Qué te hemos hecho, muerte,
que nos tratas así
siempre un nuevo atrapado
un día un guerrero
al siguiente un gobernante;
atraída por el leal
eliges al mejor.
Inicua, inequitable muerte
No me quejaría
si fueras justa
Pero escoges al que más vale
dejándonos sólo a los tontos.

La poesía es pasatiempo predilecto para la mujer y el hombre del desierto que pasan sus horas libres cultivando un arte en el que han sido maestros.

El Islam ha dado también destacadas pensadoras. Las llamadas "musnidas" fueron autoridades de primera importancia que sirvieron de eslabón entre las autoridades islámicas hasta el siglo X de la hégira. También hubo mujeres místicas y en esto no hubo diferencia de sexo entre "los amigos y amigas de Dios". Muchas mujeres se volvieron de ese modo santas, tal el caso de Rabi'a, nacida al sur de Iraq, de quien su biógrafo Al Munawi dice: "Rabi'a al-Adawiyya al-Iaysiyya de Basra, encabezaba a las mujeres discípulas y era jefe de las mujeres Ascetas, de aquellas que observaban la ley sagrada, de aquellas que vivían en el temor y el celo de Dios... Fue una de aquellas que destacaron y experimentaron en la gracia y la bondad".

Walada bint Al Mustakfi vivió en Córdoba, en Andalucía, en el siglo XI y surge como una feminista, anticonvencional, "avant la lettre". Tiene treinta años la muerte del califa, su padre, decide entonces liberarse de todas las tradiciones que veía como obstáculo: se deshace del velo, rehúsa casarse; abre su casa a los literatos y poetas de ambos sexos. En las mangas ricamente bordadas de su túnica se leían sus propios versos:



Soy, por voluntad de Dios, destinada
a alta posición
Y sigo mi propio camino, con orgullo!
Claro que dejo a mi amante tocar mi mejilla
Y le doy el beso que me implora.

Mujer controvertida, vivió célebres amores en medio del escándalo; su actitud provocativa mereció este comentario de un crítico. "Esta clase de versos no serían aceptables ni siquiera viniendo de un hombre, y menos se esperarían escritos por una mujer y de una mujer que procede de la mejor de las cunas, con los mejores antecedentes familiares y una destacada posición social".

Muchas novelistas musulmanas se han destacado, ya en la era moderna; por ejemplo las egipcias Najib Mahfuz, quien escribe una obra abundante que cubre un vital período de cambios económicos, políticos, y sociales durante el rechazo del colonialismo británico en su país, y Samia Azzam que describe la condición cotidiana y la rebelión íntima de una mujer ante su destino de casada: "Mientras que su marido la abrazaba Nemat cerraba cada vez con más fuerza los ojos y apretaba los párpados. La repugnancia invadía progresivamente su cuerpo de mujer, rechazando cualquier signo de vida, neutralizando toda reacción, borrándolo todo... en la cama sólo había un cuerpo de mujer sin alma...".

Otras mujeres han tomado conciencia de su condición, a través de la lucha política. La turca Halidé Edib Adivar (1883-1964) crecida en aristocrática familia, en su juventud presencia los primeros movimientos de los "Jóvenes Turcos"; pronto empieza a escribir en un periódico liberal; su tema predilecto fue el de la emancipación de la mujer; se divorcia y su actividad gana en intensidad y coherencia. Muchos historiadores la consideran como "una de las más prominentes intelectuales de su tiempo". En su autobiografía deja testimonio de su rechazo de la poligamia, una de las costumbres más arraigadas en el Islam: "En 1910 tuve un problema personal muy serio. Sentí que me vería obligada a llevar a cabo un importante cambio en mi vida, un cambio al que no podría forzarme a enfrentar de manera fácil. Mi relación con Salih Zeki Bey (su marido) y su relación con una profesora parecían razonablemente serias para imaginar que él contemplaba la posibilidad de casarse. Convencida de la monogamia, de la inviolabilidad del nombre y de la casa, pensé que era mi deber retirarme del sitio que podía haber sido mi hogar hasta el fin de mi vida. Pero conociendo el temperamento y los caprichos sentimentales pasajeros de Salih Zeki Bey, quise estar absolutamente segura de la estabilidad de su última aventura, antes de deshacer mi hogar. Así que me llevé conmigo a los niños y me fui a casa de Yanina, cerca de la de mi padre; con la intención de esperar ahí por algunos meses. A mi regreso Salih Zeki Bey me anunció que se había casado con la otra mujer, pero, para mi gran sorpresa, añadió que la poligamia era necesaria en algunos casos y me pidió que continuara como su primera esposa. Hubo una larga y penosa

lucha entre nosotros, pero finalmente él accedió a concederme el divorcio y dejé la casa que durante nueve años había sido mía”.

La lucha nunca termina

Muchos otros nombres de mujeres que marcaron la historia con posiciones vanguardistas en todos los campos podrían ser mencionados. Infinidad de cuestiones quedan en el aire, muchas interrogantes que aún no tienen respuesta para las mismas mujeres musulmanas, Una de las que más inquieta a propias y extrañas es la del punto donde se encuentran actualmente las mujeres argelinas cuyo caso ejemplar en la guerra de liberación de su país parece ofrecer, al menos a simple vista, una serie de paradojas.

Guerra y revolución al mismo tiempo, la liberación argelina se propuso operar cambios radicales en las estructuras dejadas por el colonialismo francés. Tanto en la fase de lucha armada, como en la de construcción nacional la mujer ha sido incluida y ha desempeñado un papel de protagonista al lado del hombre. En la primera fase, tanto en el campo como en la ciudad, centenares de muchachas muy jóvenes que antes no hubieran osado alzar la vista en presencia de un hombre o, simplemente dirigirle la palabra, no dudaron en quitarse los vestidos tradicionales para vestirse como lo exigía la guerrilla. Empuñaron las armas, escondieron a los combatientes en sus casas, llevaban bombas y granadas bajo su propia vestimenta. Convivieron y compartieron todo con sus compañeros de lucha sin pensar en los prejuicios y muchas perdieron la vida en los combates y fueron torturadas, encarceladas, violadas y, en suma, escribieron algunas de las páginas más heroicas de la revolución. Un proceso revolucionario no basta, sin embargo, para cambiar súbitamente las mentalidades; el caso de Argelia es, cuanto más, un ejemplo más acentuado de la lucha entre modernización y tradición que, por sí solo, merecería un capítulo aparte. Sólo es posible afirmar que en ese país se ha dado una verdadera toma de conciencia a nivel femenino y que, a pesar de que se habla de retroceso, el diálogo sobre el *status* de la mujer es apasionado tanto a nivel de gobierno, y del Frente de Liberación Nacional, como a nivel de agrupaciones y a nivel individual. Argelia ha dado algunas de las mentes más lúcidas y vanguardistas en este campo.

También en otros países árabes tienen plena vigencia variados movimientos preocupados por la situación de la mujer y por el papel que ésta debe desempeñar en las nuevas sociedades. En esta época como en las anteriores, hay sobre ese tema tantos enfoques como regímenes políticos y condiciones socioeconómicas se presentan en el variado mosaico islámico. Por ahora sólo es posible afirmar que todo está siendo cuestionado incluso en aquellos países que se consideran más tradicionales y que, en este cuestionamiento, el problema de la mujer es uno de los puntos centrales de discusión

PUBLICACIONES

ceestem

CENTRO DE ESTUDIOS
ECONOMICOS Y SOCIALES
DEL TERCER MUNDO, A.C.

PONE A SU DISPOSICION TITULOS QUE ABORDAN LO ESENCIAL DE LA PROBLEMATICA ECONOMICA Y SOCIAL, CULTURAL Y TECNOLOGICA DE LOS PAISES DEL TERCER MUNDO

- LIBROS CEESTEM
- COEDICION CEESTEM/EDITORIAL
NUEVA IMAGEN
 - COEDICION PERGAMON
PRESS/UNITAR/CEESTEM
- COEDICION CEESTEM/GRIJALBO
- REVISTA ESTUDIOS DEL TERCER
MUNDO
 - REVISTA PRESENCIA NUEVA
- REVISTA 3er MUNDO Y ECONOMIA
MUNDIAL
 - CUADERNOS CEESTEM
 - LECTURAS CEESTEM
 - SERIE DOCUMENTAL
- FICHERO TECNICO CEESTEM/CRET
 - BOLETIN CEESTEM
- CATALOGOS: LEOPOLDO MENDEZ/EL
CARTEL POLITICO/CHILE VIVE
 - INFORME RELACIONES MEXICO-
ESTADOS UNIDOS

**CORONEL PORFIRIO DIAZ 50
SAN JERONIMO LIDICE
595-20-88**